

## **RESEÑA**

### **VIAJEROS ROMANTICOS A ORIENTE: DELACROIX, FLAUBERT, NERVAL**

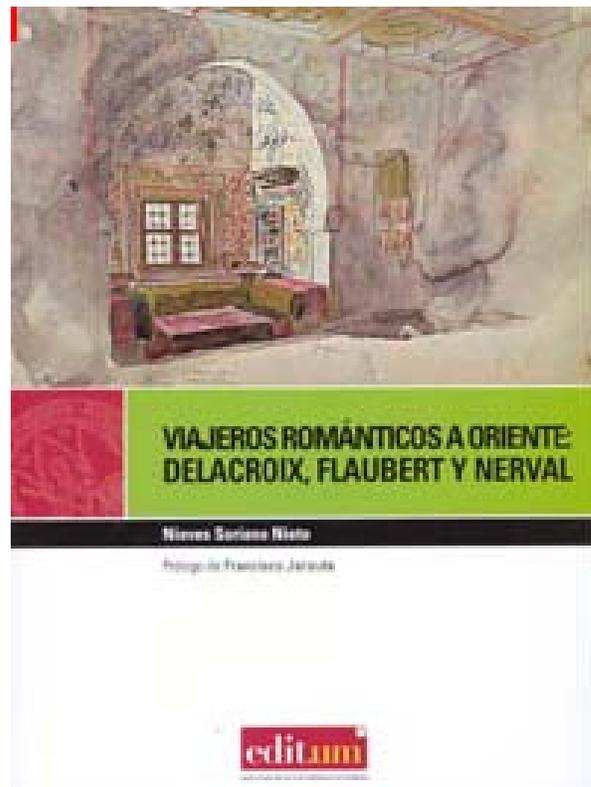
Nieves Soriano Nieto

Editum, 2009.

“¿Ha considerado alguien alguna vez la filosofía de viajar? Tal vez valga la pena. ¿Qué es la vida sino una forma de movimiento y un viaje por un mundo extraño? Además, la locomoción, privilegio de los animales, tal vez sea la clave de la inteligencia.”

Así comenzaba George Santayana hacia 1920 su ensayo “La filosofía del viaje”, uno de los textos más carismáticos en la consideración del movimiento animal desde un prisma especulativo, donde se concitan la filosofía peripatética, la evolución psicomotriz de las especies vivas y las modalidades del viaje humano a la luz de una aproximación muy original a la antropología comparada. En esta inspirada reflexión sobre la cualidad del viaje como el factor axial de la historia humana y, sobre todo, de la “vida de la razón”, combina Santayana los reinos de la materia, el espíritu y las esencias para adentrarse, como si de un fisiólogo que fuese al mismo tiempo un poeta, en una intelección del fenómeno viajero en tanto instancia ineludible para una historia de la cultura.

No erraba Santayana al considerar la locomoción y su largo devenir como el eje en torno al cual puede y aun debe girar una faceta de nuestra filosofía, reduciendo a palabras y sintetizando en ideas aquello que fue impulso motor y anhelo de percepción de lo lejano o remoto. En



esta clave, bajo este marbete, de una “filosofía del viaje”, me gustaría plantear la lectura e interpretación de la tesis realizada por la doctora Nieves Soriano, bajo la dirección de Francisco Jarauta, que hoy presentamos en forma de libro, magníficamente publicado por Edit.um, en su amplio y variado catálogo, dirigido con reconocido talento por José Antonio Gómez. Su título no admite dudas ni confusión, pues evidencia

con claridad su contenido y aun su metodología: *Viajeros románticos a Oriente: Delecroix, Flaubert y Nerval*. Se trata de una exhaustiva y, al mismo tiempo –aunque no paradójicamente– amena y deleitable investigación donde se concitan diversos “mundos y modos”, orquestados por una sabia batuta de armonías conceptuales, que saborea los dones de la modulación compositiva, pues transita por regiones de amplio registro en los planos geográfico, histórico, artístico y epistémico, mas sin perder por ello la tonalidad central que le otorga unidad y consistencia.

Exquisitamente ideada desde su planteamiento, esta obra mantiene la atención del lector porque atiende a realidades de amplio calado cultural pero que al mismo tiempo revierten en realidades tan cercanas a la sensibilidad contemporánea como la de la percepción subjetiva del viaje, la confrontación de identidades culturales en el eje longitudinal Oriente-Occidente ya intuido por Goethe en el momento final del clasicismo, el concepto de alteridad cultural y la hegemonía eurocentrista en la valoración descriptiva del mundo oriental, la fascinación creada en el tejido sensible europeo a partir del romanticismo por el tesoro milenario de Oriente o el análisis evolutivo de ciertas obras culturales según la repercusión que produce el contacto con esa realidad y ese mito a partir de los viajes iniciáticos. Muchos, pues, y muy variados son los campos, las líneas, vertientes y caminos que abre este libro, que revela no sólo la capacidad investigadora de su autora sino que augura ya un grado de madurez en el enfoque y la delicada forma de abordar el amplio universo de la cultura romántica, cuya fina textura habría que reinventar continuamente, siguiendo la estela crítica de autores como Albert Béguin, Jacques Bony o Isaiah Berlin. Sí, es cierto, necesitamos repensar el romanticismo, pues sus frutos siguen siendo granados y alimentan todavía nuestro ser, el cuerpo animado de esos “nervalianos” “hijos del fuego” que somos, o según metáfora de Octavio

Paz, fatales “hijos del limo”. De algún modo, pues, este volumen se inscribe en la tradición de estos ensayistas y teóricos que apuestan por una composición sinfónica, donde los instrumentos sean de gran abundancia y riqueza; el recorrido, firme y generoso en su observación meditada y cuyo temas, al fin, procederían de un variado espectro de intereses y referencias, combinando para su resultado una forma clásica con una metodología abierta a la contemporaneidad, allí donde el juego de los estudios culturales coquetea con la hermenéutica, la crítica de arte y la propia historia de la literatura.

El método que permite aunar tan amplio bagaje en una obra unitaria es, curiosamente, de progenie hegeliana, al proponer una estructura compositiva basada en el prestigio del número tres. Tres son las unidades temáticas, y tres los autores encartados. Unidas estas dos líneas arquitectónicas por el denominador común triádico, la autora sale triunfante en la dimensión formal, que dota de firme precisión y aúna en conjunto estético los elementos de una aparente multiplicidad.

Y así, las tres calas temáticas se corresponden con tres escalas en el edificio ideológico que instaura la autora con su obra (el libro). El viaje como gran unidad temática comporta un recorrido por el ensayo como género y como “forma”, en la línea lukácsiana, que navega entre la Escila de la antropología y la Caribdis de la historia. Con claridad meridiana lo vislumbra Nieves Soriano: hablar del viaje es hablar del ensayismo, sobre todo a partir del Nuevo Mundo que incoan las crónicas indianas, de descubrimientos y naufragios, de ocasos y vislumbres, cuya célula matriz –no lo olvidemos– serían justamente los viajes. El viajero es, como el ensayista, el sujeto en perpetuo estado de prueba, de cambio, de contraste comparativo entre el mundo conocido y el que descubre con intención de encarnarlo en verbo.

En segundo lugar, la autora circunscribe la atención filosófica de viajar a un espacio determinado: el viaje a Oriente. Con esta segunda escala, la geografía tiende puentes con la antropología, siendo la perspectiva planteada más cercana a los modernos estudios culturales. Oriente como referente mítico, sí, pero también como unidad geo-política determinada por patrones descriptivos eurocéntricos. Entre las teorías de Edward Said y de Maxime Rodinson, la autora apunta con precisión al blanco de sus intereses: la fascinación unida a la ideología, el exotismo combinado con la historia de las mentalidades, el trayecto escalonado por la mediación racionalista. El concepto de alteridad es manejado con soltura en el libro, y es llamativa la combinación que establece esta noción junto a las de "autobiografía" y propensión viajera hacia lo desconocido y hermoso, que trabaron el imaginario oriental. Y al fin, la tercera nota produce el acorde temático: con la atracción del romanticismo se orienta la proa hacia la teoría estética y literaria, aislando su categoría en lo tocante al gran proyecto de la imaginación gestado en la Francia postrevolucionaria, en el seno de la subjetividad burguesa y en los albores de la visión fragmentaria y simbolista del mundo, que fue acuñada por el artista romántico –y ya desengañado– del Ochocientos. Escuchamos con Nieves Soriano las palabras de Théophile Gautier en una clarividente declaración de intenciones sobre la suma de las tres realidades convocadas en este libro (el viaje, el romanticismo y Oriente): "Me encontraba en Venecia durante el mes de septiembre de 185... ¿Qué razón tenía para estar allí? Ninguna, si no es que esa nostalgia por lo extraño tan conocida por los viajeros se adueñó de mí, una tarde, en la escalinata de Torton. Cuando estáis presos de esa enfermedad, vuestros amigos os aburren; vuestras queridas os fastidian; todas las mujeres, incluso las de los otros, os desagradan (...), Merimée os parece lleno de lentitud; os dais cuenta de que existen antítesis en Víctor Hugo y fallos de dibujo en Eugène Delacroix; resumiendo, sois incorregibles: para disi-

par ese hastío particular la única receta es un pasaporte hacia España, Italia, África u Oriente. He aquí por qué yo estaba en Venecia. Trataba allí mi gris melancolía con grandes dosis de azur".

Grandes, generosas dosis de azur nos regala este libro en su segunda –y más copiosa e importante– sección, donde aborda la nueva triada complementaria, que apunta ecos con las tres propuestas temáticas y metodológicas antedichas. Se trata ahora de entonar melodías ya aprendidas, en alguna ocasión, pero en otras auscultamos impresiones desconocidas, olvidadas o aletargadas en las estancias del ensueño, aquellas que esperan ser entornadas por alguna mano amiga y que siempre agradecerán su despertar. En efecto, la autora no sólo recrea los viajes reales que realizaron Eugène Delacroix, Gustave Flaubert y Gérard de Nerval sino que consigue algo aún más importante: nos permite viajar con ellos. Desde ellos y con ellos. Un gran logro, una notable aportación se alcanza mediante esta inmersión en la filosofía viajera de estos tres grandes artistas a través de la rigurosa reproducción de sus recorridos y estancias por tierras de Oriente, aunque de un Oriente que no rebasará la proximidad del Mediterráneo –desde Marruecos hasta Palestina y Egipto–, ya que ninguno de ellos extendió sus pasos hacia el Extremo Oriente ni repetiría las gestas de Marco Polo, como ocurrirá con los descendientes de la literatura viajera francesa a principios del siglo XX, en pleno auge simbolista, en los viajes por el Océano Índico como el que realizó y describió Marcel Schwob en su mítico "Viaje a Samoa", repitiendo la gesta de su admirado Robert Louis Stevenson.

En esta ocasión, la constelación intercultural implementada en el libro remite a un ámbito de resonancias estéticas combinadas, lo que aporta dotes de frescura, belleza e imaginación, así como de esa unidad tonal que aportan al libro las traducciones directas del francés realizadas por

la propia autora. Los comentarios al viaje de Delacroix permiten un diálogo con la pintura; con la novela y su universo fictivo, en el caso de Gustave Flaubert, y la incorporación del recorrido viajero de Gérard de Nerval es sabiamente aprovechado para fundar un espacio en el lugar sin límites de la poesía y el ensueño. Pintura, novela y ensoñación poética arman un andamiaje sólido y estable, merced a la intersección del viaje como categoría estética y realidad biográfica. Tras la lectura de la obra de Nieves Soriano comprendemos mejor la evolución de la temática oriental en la pintura de Delacroix, desde su lejana "Mort de Sardanapale" hasta los impresionantes murales de inspiración bíblica de la iglesia de Sant Sulpice en París, todos ellos escrupulosamente reproducidos en esta bella edición. La atención a sus notas, cuadernos de viaje y la comparación de motivos plásticos y estilísticos revelan no sólo una gran educación estética por parte de la autora, sino un profundo amor a la historia de la pintura, donde hallamos sin duda la huella de su maestro Francisco Jarauta. No menos conspicua resulta su comprensión de la novelística flaubertiana posterior a su viaje oriental, que abre una mirada crítica al conjunto de su obra de notables consecuencias. Tanto *Madame Bovary* como *Salammbô* se enriquecen en sus relieves temáticos y se ahonda con ello el disfrute que produce la lectura. A partir de ahora recordaremos los patrones decimonónicos del orientalismo y el imaginario de la alteridad egipcia cuando enfrentemos las páginas donde Emma Bovary denuncia la rigidez encorsetada del provincianismo burgués, así como su visita a Cartago cuando penetremos la densidad descriptiva de *Salammbô*. La poética de la "otredad" nervaliana queda, en fin, desgranada a partir de su estancia en la isla de Citerea, y por su amor a los viajes lo reconocemos como el "otro" que quiso ser y fue

en los dominios de su "yo plural", pues como apunta la autora, es "la ascunción de ese yo múltiple como forma de estar en el mundo lo que domina el desarrollo" del viaje a Oriente de Nerval.

Sostenía Robert Louis Stevenson que "viajar con esperanza es mejor que llegar". Es una frase que no terminaba de agradar a Chesterton, porque la identificaba con esa nueva forma del "mal" que había llegado al mundo bajo la forma del ensayo. Para el creador del "Padre Brown", el ensayo se había apartado demasiado de la tesis, y era necesario viajar con ilusión a su través, pero sabiendo que al fin se llegará a algún puerto. El libro de Nieves Soriano Nieto que hoy presentamos en la Universidad de Murcia combina ambos méritos: un viaje emprendido y realizado con suma ilusión y, al mismo tiempo, portador de un destino asegurado. Disfrutamos el trayecto de sus páginas. Nos oreamos en sus bahías, sus desiertos nos fascinan y respiramos hondamente ante unas piedras que disputan su eternidad al tiempo. Como sostiene la "filosofía" del viaje de Santayana, en ocasiones necesitamos huir a soledades sin límite para "aguzar el filo de la vida", pero no menos cierta resulta la necesidad de regresar al punto de partida y permitir así que el recorrido dibuje la silueta de su unidad y, con ella, su sentido. La buena lectura nos regaló también un hermoso viaje, como el de Kavafys a Ítaca, "rico en experiencia y en conocimiento"; disfrute y placer durante su curso, y fuente continua de recreo para el alma al concluir. Pues sólo entonces cabe contemplarlo como forma plena y colmada, armoniosamente "convertido/ en una hilera de palabras".

VICENTE CERVERA SALINAS  
Universidad de Murcia (España)